



Algo sublime que se ha situado fuera del tiempo

Grace (Jeff Buckley, 1994)

La primera vez que escuché la música de Jeff Buckley fue en 2001, viendo la película *Vanilla Sky*, que era el remake de *Abre los ojos*, de Alejandro Amenábar. El filme se estrenó en 1997, el mismo año en el que murió el compositor del disco del que vamos hablar hoy.

Entre las canciones de Radiohead, Josh Rouse, Sigur Rós, R. E. M., Red House Painters, hubo un tema de esa banda sonora que no conocía y que me atrapó. Esa canción fue "Last Goodbye", de un tal Jeff Buckley. La presencia de la guitarra eléctrica, cómo entraba su voz íntima después del arpegio inicial. El bajo eléctrico, suave y melódico, que aportaba color y profundidad. A partir de la segunda mitad de la canción, poco a poco, entraban otros instrumentos: la batería, los teclados y algunas cuerdas que sonaban como suaves olas.

Todo ese tono emocional en una única canción me hizo perseguir al gato. Y encontré el que, a día de hoy, es uno de mis discos favoritos, de los importantes, de los que tengo en vinilo, porque es un disco de cama, de esos para escuchar tumbado, solo o acompañado, dejándote llevar por el baile sin necesidad de aprenderse unos pasos. Solo así se sienten y se comprenden la intensa emotividad de sus letras, acompañadas de melodías celestiales. Una muestra es la primera pieza, "Mojo Pin", un sueño erótico que te persigue y no puedes quitarte de la cabeza, como si estuvieras atrapado en alguien. Justamente eso es lo que provocó *Grace*, de Jeff Buckley, en mí: quedarme pillada en una odisea desde el 2001 hasta hoy, sin que Kubrick intervenga.



Grace es un disco de 1994 que está integrado por diez piezas que suenan en menos de 60 minutos. Fue el único álbum de estudio que su autor publicó en vida: tres años después de esa publicación, Jeff Buckley murió accidentalmente ahogado en el río Wolf, en Memphis. Con apenas treinta años, el músico heredó el infortunio de su padre, el también cantautor Tim Buckley. A pesar de sus muertes prematuras, ambos han dejado un incontestable legado musical. Esta herencia puede que sea la razón por la que este disco ha alcanzado el estatus de obra maestra. Grace es un lamento, un suspiro, un clamor, una expresión del arte en la música, que habita entre el rock alternativo, el folk, el soul, el jazz y la ópera sin parecer forzado. Sientes que algunas de sus canciones se abren, cambian de carácter, tal y como lo haría un movimiento clásico. Puedes pensar en un aria de Verdi con guitarras eléctricas. Grace es una carta de amor a la vulnerabilidad y a la intensidad emocional, filtrada a través de una voz sin límites que es el eje sobre el que gira todo el disco. Su rango dinámico y expresivo resulta conmovedor, emocionante, impresionante. Como amante de la ópera y del teatro, me atrevo afirmar que Jeff habita las canciones, las sufre, las redime. Convive en equilibrio con la electricidad de las guitarras, donde hay momentos de una delicadeza líquida, y, a la vez, un rugido cuando es necesario. Eso se ilustra en la pieza "Eternal Life", que destaca por su sonido crudo y su mensaje profundamente crítico, que muestra una vez más la intensidad de Buckley y su poder como intérprete, que rompe el molde de un disco principalmente melancólico y espiritual. La belleza de este disco no ha hecho más que crecer a lo largo de los años. Grace se ha convertido en algo sublime, como si el tiempo transcurrido hubiese hecho que cristalizase como una obra fuera del tiempo. Hay que escucharlo con el corazón abierto. Mientras escribo esta frase, suena la última canción del elepé, "Dream brother", y se me ponen los pelos de punta: cómo termina este tema, desvaneciéndose lentamente, como

si se disolviera en el sueño. Es una canción sobre la pérdida, el agua, el abandono y el perdón, como si se tratara de una premonición de su propio destino... “Dream asleep in the sand with the ocean washing over”.

Crítica elaborada por Eva María Cristina de la **Biblioteca Santiago Rusiñol (Sitges)** en el marco del proyecto Va de música.